

de vosotros el día de la tribulación ó la desgracia, postraos ante la Cruz del Salvador, orad allí con fervor, y un bálsamo consolador vendrá á curar las heridas de vuestro corazón neutralizando los efectos de la aflicción. ¿Y por qué? Porque la Cruz es no solamente el suplicio del Salvador, sino también su cátedra de divina enseñanza. Ella nos recuerda que Jesucristo fué objeto de las mayores contradicciones en el mundo, que siendo la inocencia misma fué tratado como pecador, y que sufrió por nuestro amor los más crueles tormentos, y una muerte ignominiosa. ¿Quién con tales recuerdos se quejará de los padecimientos? ¿Quién se resistirá á sufrir? ¿Quién murmurará de la Providencia por más rodeado que se vea de tribulaciones? A más la Cruz nos dice, que ella es el camino del cielo: una desgracia cuyo remedio no se encuentra, un miembro de nuestra familia que nos arrebatara el reposo y la tranquilidad, una dilatada enfermedad; hé aquí otras tantas cruces que el Señor nos ofrece para que asidos á ella encontremos la salvación. Son claras y no admiten tergiversación sus palabras: «el que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (1)» ¿Y rehusaremos abrazarnos á ella? De ningún modo, porque entonces en vano nos titularemos hijos y discípulos de Jesucristo.

Hombres afeminados, que no podeis resistir la más leve incomodidad, que os quejais al menor dolor que experimentais; y vosotros hombres soberbios que deseais, guiados por el espíritu de venganza, lavar con sangre la más mínima ofensa, postraos al pié del leño santo de la Cruz, y no lo dudeis, los unos

(1) Qui non bajulat crucem suam, et venit post me non potest meus esse discipulus. Luc. c. XIV, v. 27.

aprendereis á ser fuertes en la tribulación, y los otros, de soberbios y vengativos os convertireis en mansos y humildes de corazón. Ante ese leño santo quedareis confundidos. Sirva en buen hora la Cruz de motivo de escándalo para los hombres protervos imitadores en su conducta de los judíos que persiguieron y quitaron la vida al Salvador. Para nosotros será siempre objeto de veneración, pues olvidar no podemos nuestros deberes como redimidos. No es la felicidad del tiempo el objeto de nuestros deseos; es sí la felicidad de la eternidad, y esta sabemos que solo tenemos un medio de conseguirla, y que no es otro que abrazarnos con la Cruz y seguir las huellas de aquel que es el camino, la verdad y la vida.

¿Y cómo no hemos de encontrar en la Cruz gozo á través de las aflicciones, consuelo en muchos quebrantos, alegría en nuestras tribulaciones? ¿Cómo no hemos de olvidar al pié del leño santo las desgracias de la vida presente? ¿Cómo nuestro corazón dejará de rebosar en las más dulces expansiones de amor, haciendo fijar nuestra consideración en las dulzuras de la vida eterna? Voy á haceros notar un hecho de grande enseñanza. Jesucristo nos ha dicho en su Evangelio: «pedid y recibireis (1)». Esto no obstante muchos acuden á Él en el día de la necesidad, y no encuentran tan pronto como quisieran el remedio de sus males. ¿Pueden dejarse de cumplir las promesas del Señor? No, y mil veces no: primero que su palabra, faltarán los cielos y la tierra (2). Es que el hombre, como esplica con mucha oportunidad el Padre San

(1) Math. cap. VII, v. 7.

(2) Cœlum et terram transibunt, verba autem meam non preteribunt. Math. cap. XXIV, v. 35.

Agustin, ó no sabe lo que pide ó pide malamente sin las debidas disposiciones. Otro ejemplo. Los padres señalan con signo de predestinacion la devoción de la Santísima Virgen María, y en su fervor, esclama San Bernardo al hablar de la proteccion de la Señora hácia sus devotos: «Si alguno ha acudido á María, y no ha experimentado consuelo, consiento en que no la invoque mas ni vuelva á hacer mencion de ella.» ¿Por qué no experimentan esta consoladora verdad muchos cristianos que acuden á la Madre de Dios y de los hombres, á la que tanto padeció por nosotros al pié del patíbulo de la Cruz? Porque llegando á ella con un corazón dañado, sin aborrecer el pecado ni tratar de romper las cadenas de la maldad que le esclavizan al demonio, siendo por lo tanto enemigos de Jesucristo. ¿Y creéis que María puede favorecer á los enemigos de su Jesus amado?

Ved aquí exactamente lo que sucede á aquellos que no encuentran su consuelo al pié de la cruz de Jesucristo. Ella es, dice el Crisóstomo, el origen de la Iglesia militante y la gloria de la triunfante. Ese madero santo produce un bálsamo capaz de cicatrizar todas las heridas del corazón humano. Al pié de la Cruz, se encontró fuerte un Antonio Abad para resistir las continuas y penosas tentaciones del enemigo de nuestras almas: ante ella se estasiaron las Magdalenas de Pacis y las Teresas de Jesus: la Cruz fué el libro donde adquirieron la sabiduría sublime con que admiraron al mundo los Crisóstomos y Agustinos; la Cruz fué el escudo con que fueron siempre armados los defensores de la fé, los santos misioneros que en alas de la caridad, llevaron el nombre de Jesucristo á lejanos é incivilizados países: la Cruz, en una palabra, con-

tiene en sí todos los bienes que el hombre puede desear. ¿Tal vez alguno de vosotros no gustais sus delicias? Culpaos á vosotros mismos, y sabed que sois semejantes á aquellos judíos, para los que nada significaron los prodigios de la naturaleza, á la muerte de Jesus. En los dos ladrones crucificados con el Salvador, estan representados dos clases de cristianos: en el bueno, aquellos que reconociendo sus pecados los lloran, perciben la virtud de la Cruz del Salvador y aspiran á los bienes eternos: en el mal ladron, aquellos otros que si miran la Cruz, es para mofarse del que murió en ella por nosotros, porque mofarse es, no experimentar piadosos sentimientos y detestacion al pecado.

Que el cristiano protervo, imitador del pérfido judío, mire como un escándalo la Cruz, nosotros, ¡oh madero santo de la Redencion! nos gloriamos al verte elevado sobre las mas altas torres y pirámides del mundo, y adornando la frente de los Césares: nos llenamos de gozo al verte hecho objeto de adoracion de los pueblos y naciones: á tí acudiremos siempre y en todo tiempo, y cuando los azares del mundo nos hagan verter amargas lágrimas, en tí encontraremos el consuelo y la alegría.

Sí, fieles hijos de la Iglesia: el mundo solo puede ofreceros amargos desengaños: las coronas que os ofrece están formadas de rosas que se marchitan: sus placeres son pasajeros como el humo, y solo dejan en pos de sí remordimientos de conciencia. La Cruz, por el contrario, nos muestra el camino de la felicidad eterna: es necesario padecer, porque los padecimientos forman la escala del cielo; busquemos pues la Cruz con la constancia con que la buscara Santa Ele-

na, abracémonos á ella, y no la dejemos hasta que nos haya conducido al cielo, pues como habeis visto demostrado, ella únicamente puede formar nuestra alegría y nuestro consuelo.

Cruz santa y adorable, árbol hermoso de la vida, escala de Jacob, vara prodigiosa del divino Moisés, Cristo nuestro Salvador, ven en nuestra ayuda, comunícanos esa virtud que exhalas, y ya que en tus brazos se consumó la Redencion de la humanidad, que en tí como en blando lecho descansó el Salomon divino y verdadero, triunfando de todos sus enemigos, permítenos que te veneremos en la tierra con todo el fervor de corazones agradecidos. Y vos, Redentor amorosísimo de la humanidad, que convertisteis el madero de la Cruz en cátedra de divina enseñanza, haced que á imitacion vuestra, y segun el ejemplo que nos disteis, perdonemos á todos nuestros enemigos, que viviendo en el cumplimiento de la divina ley, nos aprovechemos de los frutos de la Redencion, y que por la hermosa escala de la Cruz y de los padecimientos, subamos sin tropiezo hasta llegar un dia á las mansiones de la perdurable felicidad, que es la posesion de la gloria. *Amen.*

SERMON

DE

ROGATIVA Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

EN TIEMPO DE UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

*Merito hæc patimur, quia peccavimus....
idcirco venit super nos ista tribulatio.*

Justamente padecemos, porque pecamos.... por esto ha venido sobre nosotros esta tribulacion.

Gén. cap. XLII, v. 21.

Petite, et dabitur vobis.

Pedid, y se os dará.

Math. cap. VII, v. 7.

¿Qué objeto, M. A. O., os trae en esta mañana al pié del altar Santo? ¿Por qué vuestros semblantes traen marcadas señales de tristeza? ¿Qué puede motivar esas lágrimas que bañan vuestras mejillas y esos hondos suspiros que salen de vuestros lábios? Mas no sé en verdad por que os pregunto, cuando yo tambien siento la afliccion en mi corazon, al observar la calamidad con que el Señor se ha dignado visitar-nos, y cuyas consecuencias son tan deplorables. Dios que nos ha criado para sí, que tan á manos llenas nos